

Վարձ
մաս լայն.
Վարձ
սպ, սպ
ստիւն



Cuando tenía nueve años, a Arden Huntley la hicieron muñeca.

Ser una muñeca es un proceso muy competitivo.

Solo una chica recibe ese honor cada año, y hay muchas reglas. Debe tener entre ocho y doce años. Debe ser ciudadana de los Estados Unidos. Debe escribir un ensayo explicando por qué cree que tiene lo que se necesita para ser la Muñeca del Año, y debe remitir este ensayo a la Compañía Muñecas Como Yo antes del primero de julio, y si su solicitud es elegida entre los cientos y cientos de chicas que compiten por ese honor, entonces ella y solo ella tendrá una Muñeca Como Yo modelada a su imagen y semejanza, la cual se venderá seis meses después.

Cuando cumplió ocho años, los abuelos de Arden le regalaron la Muñeca Como Yo de ese año, cuyo nombre era Tabitha. Tabitha tenía la piel oscura, ojos café y cabello castaño. Era bailarina, esa era “su especialidad”. Si Arden hubiera tenido abuelos más generosos, podrían haberle dado la barra, el tutú y los zapatos de ballet de Tabitha. En lugar de eso, solo le dieron la muñeca con su malla normal y los cuatro libros ilustrados que contaban la historia de la vida de Tabitha. Ella hubiera preferido los zapatos de ballet en lugar de los libros, pero de cualquier manera cumplió con su deber de escribir una nota de agradecimiento.

La primera historia de esa niña se llamaba *Tabitha en el escenario*, y se trataba de Tabitha presentándose en *El cascanueces* y cómo tomó el rol de líder para hacer que todos los bailarines que representaban a los ratones trabajaran juntos. El siguiente se llamaba *¡Buena suerte, Tabitha!* y se trataba de cómo la niña ayudó dando clases de ballet en una primaria de bajos

recursos. Quizás ya comienzan a darse una idea de cómo eran los libros de las Muñecas Como Yo.

Arden no sabía nada sobre la Tabitha real, ni siquiera en qué parte del país vivía, pero estaba fascinada con ella. Siempre que veía a una chica de color, como de su edad (lo cual no ocurría muy a menudo, pues Cumberland era exageradamente blanco), se quedaba mirándola, intentando descubrir si acaso esa era la Tabitha real. Luego, su madre le dijo que su comportamiento era grosero y casi racista, y le pidió que por favor dejara de hacerlo.

Ella soñaba con volverse una Muñeca Como Yo, pero no veía cómo podría lograrlo, pues, a diferencia de Tabitha, ella no tenía algo que fuera “su especialidad”. No bailaba ballet, ni practicaba gimnasia, ni patinaje artístico (todo eso daría lugar a excelentes accesorios de muñeca). Ella había jugado fútbol, pero mal; tomó clases de natación, pero solo para no ahogarse; y aún no lograba andar en bicicleta sin las ruedas de apoyo. Hacía dibujos a los que su madre llamaba “abstractos”, escribía historias que nunca ganaban estrellas doradas, y la eligieron como pez número dos cuando su clase montó la obra de teatro de *La sirenita*. Una vez intentó cocinar algo y provocó que un tazón de cristal explotara en el horno. Luego de eso, su mamá le prohibió la entrada a la cocina.

Lo que Arden hacía mejor que nadie era esto:

Ser amable.

Era la *mejor* para enseñarle a leer a los niños de kínder; todos los pequeños se peleaban por que les tocara con ella. Era la primera en ofrecerse para colaborar en proyectos grupales con los chicos que tenían malas calificaciones. Nunca salía sin ligas para el cabello o sin papel higiénico, por si alguien los necesitaba. Una vez, pagó veinte dólares en la biblioteca porque su amiga Maya había pedido prestado un libro y lo perdió en el parque, y eso bastó para que se sintiera responsable.

La amabilidad de Arden le venía de familia. Su abuela era amable. Su madre era amable. Su casa estaba llena de cojines y decoraciones en las

paredes con frases como “Si no tienes nada amable que decir, no digas nada” y “Haz el bien sin mirar a quién y cosas bellas sin pensar por qué” y “Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa”, esta última es una cita de *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry que a su madre le encantaba.

El despegue de la carrera de amabilidad de Arden llegó cerca del final del tercer año escolar, aunque ella no lo sabía en ese momento. Su padre había representado a alguien que trabajaba en la corporación Disney y, cuando el caso terminó, como agradecimiento, su cliente le dio boletos a su familia para un viaje con todo pago a Disney World. Eso fácilmente era lo mejor que le había sucedido a Arden, y posiblemente a cualquiera.

Y luego conoció a Lindsey.

Fue un domingo de mayo. Roman, el hermano de Arden, que en ese entonces tenía tres años, estaba haciendo un berrinche como todos los días, a veces más de una vez. Ese berrinche en particular era porque su gato, Mouser, se estaba escondiendo maliciosamente debajo del sofá en vez de jugar con él.

Arden fue al bosque detrás de su casa para no tener que escuchar los gritos. Se llevó a su Muñeca Como Yo, aunque sus padres le pidieron una y otra vez que no hiciera eso, pues Tabitha había costado más de cien dólares y, tras cinco meses, ya se veía bastante estropeada.

Y fue ahí, en el bosque, que encontró por primera vez a Lindsey.

Entre los árboles vio a una niña alta, delgada y de cabello oscuro, observando un largo artefacto de metal que tenía entre las manos.

—Hola —saludó a la desconocida.

La chica despegó la vista de la cosa de metal.

—Soy Arden. Estás en mi bosque —tan pronto como escuchó sus palabras, se dio cuenta de que sonaban egoístas, y se apresuró a agregar—: Está bien que estés en mi bosque. Hay bosque para dar y regalar. Solo pensé que debías saberlo.

La chica miró con extrañeza a Arden, quien reflexionó sobre la frase “Hay bosque para dar y regalar”. Eso era lo que su madre siempre decía, como cuando ella y Roman se peleaban por un pote de helado. “Hay helado para dar y regalar”. Quizás no tenía tanto sentido cuando se hablaba de un bosque.

–Este también es mi bosque –comentó la niña con voz baja e insegura.

–No lo creo. Pero como dije, está bien. Puedes jugar en mi bosque.

–Acabamos de mudarnos aquí –la chica señaló hacia la casa detrás de la de Arden. Su patio trasero albergaba una pequeña sección del bosque, como un espejo de la casa de los Huntley–. Creo que es el bosque de las dos.

–Oye –exclamó–, ¡somos vecinas!

Arden descubrió que el nombre de la niña era Lindsey Matson, que también estaba por terminar el tercer año y que ella y sus padres se acababan de mudar de una granja al pueblo.

–¿Tenías tu propia granja? –quiso saber Arden–. ¿Tenías ovejas?

–Sí.

–¿Y caballos?

–¡Dos!

–¿Y cebras? –Arden se sentía muy atraída hacia las cebras.

–Eh, no.

–Está bien –en realidad no esperaba que la granja de Lindsey tuviera cebras. Solo pensó que no tendría nada de malo preguntar.

Lindsey le contó que su padre se había enfermado mucho. Ya no podía trabajar en la granja y no podían pagarle a nadie para que lo hiciera, así que los Matson vendieron la granja, las ovejas, los caballos y todo lo demás, y se mudaron ahí.

–Es muy caro tratar el cáncer. Especialmente del tipo que tiene mi papá –dijo Lindsey con un tono serio pero también con un poquito de orgullo, como si su padre fuera especial por tener un tipo especial de cáncer–. Para eso es esta cosa –señaló el largo objeto de metal que llevaba en las manos.

–¿Qué hace? –se preguntó si la respuesta era algo como “Cura el cáncer”.

–Es un detector de metales –explicó Lindsey–. Estoy buscando monedas. De preferencia de oro. Eso ayudaría a pagar las cuentas del hospital de mi papá.

–¿Cuánto has encontrado hasta ahora?

–Nada. Pero acabo de empezar a buscar.

Arden pensó que si hubiera oro enterrado en su patio trasero, ella probablemente lo sabría, así que cambió de tema.

–¿Vas a ir a clases en Northeast mañana?

La primaria de Northeast era donde ella iba a la escuela.

–Creo que sí –Lindsey rozó la tierra–. En realidad, no quiero hacer nuevos amigos.

Ella no sabía qué pensar de eso. Nunca había considerado si quería hacer nuevos amigos. Simplemente era algo que ocurría. De hecho, estaba bastante segura de que en ese mismo momento estaba sucediendo.

–Todos son muy agradables en Northeast –le aseguró a Lindsey–. Te presentaré con todos mañana.

La niña pareció animarse.

–Como sea –dijo–, es solo por unas cuantas semanas, luego vienen las vacaciones de verano.

–¡Sí! –se entusiasmó Arden–. ¿Irás al campamento este verano? Yo voy a Disney World por primera vez, y luego al campamento, y luego vamos a visitar a mis abuelos en Atlantic Beach en agosto. Viven junto al mar –estaba emocionada por todo eso, incluso por visitar a los papás de su mamá, lo cual solía ser aburrido, pero ahora tenía la esperanza de que podrían darle la barra y los zapatos de ballet de Tabitha.

Lindsey negó con la cabeza.

–Quisiera hacer algo así, pero ya no podemos. Tenemos que ahorrar todo nuestro dinero para papá. Eso es lo que dicen mis padres –se encogió de hombros como diciendo “¿Qué le vamos a hacer?”.

Arden le demostró su comprensión con un movimiento de cabeza. Se sintió mal por la costosa Muñeca Como Yo que aún llevaba en los brazos y por desear en secreto el tutú de ballet de Tabitha. Probablemente, Lindsey no tenía ni siquiera una Muñeca Como Yo.

—Espero que encuentres oro —dijo Arden.

Pensó en Lindsey toda la tarde, durante la cena, en su hora de televisión y mientras se daba su baño nocturno. Le caía bien su nueva vecina, pero podía sentir la impotencia de Lindsey, el destino en su contra como una pared de ladrillos, y eso la entristecía. Si había algo que Arden nunca sentía, era impotencia. Su madre le había inculcado, desde que era bebé, que el poder era algo que venía de su interior. Su fuerza estaba en su amabilidad, su generosidad, su espíritu positivo. “Y no importa qué tan mal se pongan las cosas”, solía decir, “siempre puedes confiar en ti misma. Si solo tienes diez centavos, dónalos a la caridad. Ser caritativa te ayudará mucho más que esos diez centavos”.

Su madre tenía la idea de que algunas personas son como flores y otras como jardineros: se necesitan mutuamente. Le enorgullecía ser una jardinera, y aunque antes de conocer a Lindsey nunca había pensado mucho en eso, supuso que ella también lo era.

Para cuando sus padres fueron a arroparla esa noche, ya sabía lo que quería hacer.

—¿Podemos darle a Lindsey el viaje a Disney? —preguntó.

Sus padres, sentados en la orilla de su cama, se miraron el uno al otro.

—¿Quién es Lindsey? —preguntó su madre.

—Su familia se acaba de mudar a la casa detrás de la nuestra, al otro lado del bosque —explicó Arden—. Su papá está enfermo, así que no pueden pagarse unas vacaciones. Ni siquiera puede ir al campamento. Y no tiene hermanos ni hermanas para jugar en su casa. Y es nueva en el pueblo así que no tiene amigos. Y... —negó con la cabeza y se reacomodó en su cama. No necesitaba explicarles a sus padres. Sabía lo que quería—. Quiero darle el viaje a Disney a Lindsey.

Le preocupaba que quizás sus padres dijeran que no, porque tal vez realmente querían ir a Disney World. Después de todo, el viaje era de su papá. Él había dicho que Space Mountain le parecía genial. Pero al verlos en ese momento, ambos sonreían y los ojos de su madre estaban húmedos de felicidad.

–De acuerdo –dijo su mamá.

–De acuerdo –coincidió su papá.

Ese fue el primero de un millón de días de amistad con Lindsey, pero estableció cómo sería: Lindsey necesitaría y Arden proveería.

Luego de que Arden regaló el viaje a Disney, escribió un ensayo sobre eso y lo envió a la compañía de las Muñecas Como Yo. Realmente creía que no la escogerían para ser la Muñeca del Año entre tantas gimnastas, patinadoras artísticas, escultoras y chefs en ciernes para elegir. Pero quería que alguien supiera lo que había hecho. Además, de verdad anhelaba ser una muñeca.

Meses después, su madre recibió la llamada. De todas las miles de niñas de entre ocho y doce años que habían enviado sus ensayos, Muñecas Como Yo había escogido a Arden como su ganadora.

Como era la Niña del Año, recibió copias gratis de sus libros, con títulos como *Arden a cargo* y *La nueva amiga de Arden*. Le regalaron una muñeca con la piel color durazno, cabello castaño claro y ojos miel, exactamente igual a ella. También recibió gratis todos los accesorios de la Muñeca Arden: un columpio hecho de neumático, un detector de metal, un gato y un perro que imitaban a sus propias mascotas, todo tamaño muñeca. Hicieron parecer como si Arden pasara mucho más tiempo en el bosque de lo que realmente hacía, como si fuera una especie de naturalista en ciernes cuando en realidad solo iba de vez en cuando, y ahora que los berrinches de Roman eran menos frecuentes, aún menos. Pero esas ligeras imprecisiones no le molestaban para nada.

También recibió un viaje gratis a Nueva York con su madre para visitar la tienda principal de Muñecas Como Yo cuando la Muñeca Arden salió a la

venta. Fue el primer viaje “solo de chicas”, como dijo su mamá, y terminó siendo el último. Ir a NYC sin su padre ni Roman la hacía sentirse maravillosamente adulta.

Nunca antes había estado en Nueva York, y no le gustó para nada. Las luces de neón afuera de su ventana en el piso veintiuno del hotel no la dejaban dormir por la noche, y parecía que todos los taxistas tenían la misión de atropellar, y no a cualquiera, sino a ella específicamente.

Pero la tienda de Muñecas Como Yo le encantó.

Estaba en la Quinta Avenida, entre las elegantes tiendas departamentales y las joyerías como Tiffany, la cual Arden reconoció por la película favorita de su mamá. Casi como en las calles, el interior de Muñecas Como Yo era una locura. La diferencia era que esa locura estaba provocada por cientos de niñas recorriendo decididamente la tienda, cada una seguida por al menos un adulto, a veces por toda una familia, cargando abrigos, bolsas, conjuntos de ropa, muñecas y juegos de té. Su madre lo describió como la bolsa de valores de las niñas de primaria, pues todas andaban por ahí gritándoles “¡Compra! ¡Compra!” a sus subordinados.

La Muñeca Arden estaba en un aparador de plexiglás, en una fila con las otras muñecas basadas en chicas reales de los años anteriores. Arden aplastó su nariz contra el cristal, como si intentara acercarse más a su muñeca. Pero, aunque estaba ahí, en persona, en la tienda de Muñecas Como Yo, nadie veía a la muñeca y a la persona real y ataba los cabos. Ni una sola niña ni sus padres dijeron “Oye, ¡las dos tienen la piel color durazno, cabello castaño claro y ojos miel! ¡Debes ser la Arden real!”.

Pero eso también estaba bien. No necesitaba que ninguno de esos desconocidos supiera que la muñeca era ella. Arden lo sabía.

Observó a todas las muñecas de los años anteriores. Cada una tenía un pequeño letrero que resumía su identidad en una breve frase. Tabitha estaba, claro, aunque sin las manchas de suciedad de la versión de Arden. El letrero de Tabitha decía que era “Elegante e inspiradora”. La Muñeca Jenny

era “Valiente y comprometida”. Katelyn era “Lista y adorable”. Pero el letrero de la Muñeca Arden la describía así:

“Arden es increíblemente leal”.

Miró su muñeca a los ojos y supo sin lugar a dudas que su identidad era la mejor de todas.

Por un tiempo se habló de hacer una muñeca de Lindsey, ya que su personaje fue un gran éxito en las historias de Arden. Pero meses después la idea se descartó y la compañía de Muñecas Como Yo se enfocó en escoger a la niña del año siguiente. A Lindsey no pareció importarle. Su amiga le había dado unas vacaciones gratis en Disney World. Y ella le había dado a Arden la oportunidad de ser una muñeca.

Para las dos, ese intercambio parecía más que justo.

